



**Daniel Nemrava: *Entre el laberinto y el exilio. Nuevas propuestas sobre la narrativa argentina*. Madrid, Verbum, 2013, pp. 166.**

Profesor de Literatura Hispanoamericana del Departamento de Filología Románica de la Facultad de Filosofía de la Universidad Palacký de Olomouc (República Checa), Daniel Nemrava es también director de proyectos del Latin American Studies (LAST) financiado por el Programa Operativo de Educación para la Competitividad (OPVK) a través de los fondos estructurales de la Unión Europea.

En su documentado ensayo *Entre el laberinto y el exilio. Nuevas propuestas sobre la narrativa argentina*, Nemrava estudia la literatura argentina de los años setenta y ochenta desde su relación con el poder, y pasa revista a diferentes estrategias de representación concentrándose específicamente en el uso del «procedimiento elíptico» de la alegoría. El meticuloso repaso de las estrategias literarias para narrar el horror se detiene en las reflexiones sobre el procedimiento de alegorización ofrecidas por Jorgelina Corbatta, Fernando Reati, Beatriz Sarlo, Karl Kohut, Craig Owens, Northrop Frye, Umberto Eco, Paul de Man, el estudioso checo Petr Málek, Walter Benjamin –con su defensa de la alegoría como herramienta epistemológica de primera línea– para detenerse en la prolífica estela crítica de Idelber Avelar. El libro de Nemrava constituye un aporte superador de la convicción de que las obras alegóricas del exilio y la posdictadura se escribieron casi exclusivamente para escapar de la censura del sistema dictatorial. Se interpreta aquí la alegoría no solo como una figura retórica en el sentido estricto dentro de la poética, ni tampoco como una de las expresiones de la crisis que sirve simplemente como «vía oblicua» para escapar a la represión.

Nemrava cuestiona la representación mimética o el modo testimonial de las «escrituras del exilio» con la pregunta adorniana: ¿cómo narrar lo inenarrable? O ¿cómo contar el horror? De entre las estrategias posibles de ficcionalización destaca el proceso de alegorización como instrumento crítico y como el modelo literario más significativo capaz de representar y reflejar verticalmente profundos cambios históricos a finales de los años sesenta y durante las dos décadas siguientes. Estudia ejemplos ensayísticos y narrativos, en particular cómo opera la alegorización en novelas como el clásico *Respiración artificial* de Piglia, o en *Zama*

de Antonio di Benedetto. Presta especial atención a las obras de Héctor Tizón, Daniel Moyano, Andrés Rivera y Reina Roffé que, con distintas estrategias narrativas y poéticas, buscan el código para narrar los hechos reales, sea desde el exilio y sus distintas modalidades, sea desde la Historia.

El investigador checo abre su libro con el nombre de los fundadores de literaturas nacionales: Kafka y Borges. Recordemos que el argentino homenajeó al primero en su conocido ensayo «Kafka y sus precursores», publicado en *La Nación* en 1951 e incluido en *Otras inquisiciones*, en 1952. Sobre la base de las paradojas de Zenón, Borges llegó a definir uno de los rasgos fundamentales de Kafka: el motivo de la infinita postergación de la meta deseada. Nemrava hilvana este axioma kafkiano con la estética de los autores que desfilan en las páginas de su libro: desde Borges hasta Roffé, todos observan el problema de la identidad del sujeto en el cronotopo argentino desde distintas perspectivas y desde sus propias estéticas, pero en todos se halla algo que los une: la búsqueda del «centro» en el caos del «no lugar», de la identidad ansiada y la imposibilidad de conseguirla.

En el apartado destinado al discurso narrativo y político de los años 70 y 80, Nemrava se concentra en el tema del desencanto o el fracaso. Aunque no se trata de un argumento nuevo –existe en la literatura occidental por lo menos desde Eurípides, pasando por Rabelais, Cervantes, Balzac o Flaubert en el sentido del «naufragio de las ilusiones»–, en el contexto latinoamericano se relaciona con continuos fracasos de distintas revoluciones a través de su historia moderna. Hay un dilema fundamental que desde la Revolución cubana hasta la actualidad persigue a varios escritores latinoamericanos, manifiesta Nemrava: comprometerse políticamente (colaborar activamente con el poder o pasar a disidencia) o comprometer su propia escritura (políticamente o dentro del mercado). En realidad, concluye, todo el trasfondo ideológico (revolución/mercado) solo contribuyó a los antagonismos y conflictos que tenían poco que ver con la propia creación literaria.

Tal trasfondo histórico-social desencadenó la preocupación de cómo narrar el horror de la dictadura y, posteriormente, de cómo narrar el desencanto post-dictatorial. En este punto, señala el investigador, hay que analizar el papel que en el texto literario hacen la «función representativa» y la «función estética». Y la estrategia narrativa que recorta, como ya dijimos, es la figura semántica de la alegoría. Nemrava apoya la tesis de que el uso frecuente de la modalidad alegórica con que se expresan autores en el período posdictatorial se debe a su percepción y reflexión profunda de la crisis epocal como producto del desencanto llegado con la democracia. «Si la alegoría es considerada como la expresión estética de la derrota política, no lo es entonces por la necesidad de escapar a un censor del régimen, sino porque las imágenes petrificadas de las ruinas, en su inmanencia, conllevan la única posibilidad de narrar la derrota. Las

ruinas serían la única materia prima que la alegoría tiene a su disposición», dirá Daniel Nemrava.

En el momento de la expresión de la experiencia vivida –el momento de la narración–, el paciente/autor/narrador se ve obligado a enfrentar los obstáculos de la limitación lingüística, lo que lo lleva al problema de la posibilidad de transmisión de su experiencia, un problema de antemano irresoluble. El sujeto que sufre el «duelo» es llevado así automáticamente a la trivialización, a la estandarización del lenguaje. Se sustituye el hecho por palabras y la sustitución es el procedimiento básico de la metaforización... De allí el problema de la mimesis que nos lleva a la pregunta inicial: ¿cómo narrar los hechos reales?

En el estudio de la alegoría, la crítica moderna centra su atención sobre todo en su plasmación en el nivel lingüístico, destacando uno de sus problemas fundamentales: la relación arbitraria entre el significado y el significante. Para Nemrava, la problemática del duelo irresuelto pone la literatura argentina en relación directa con los cambios políticos y sociales de las épocas dictatorial y postdictatorial que iniciaron el proceso de la decadencia y la represión. Y la representación alegórica sirve como un instrumento para expresar esta decadencia a través del trabajo de duelo. Así, la alegoría se convierte probablemente en el mejor instrumento retórico capaz de crear relaciones entre una situación socio-política y el lenguaje, de representar la Historia como «ruina petrificada», es decir, como la expresión retórica de la desesperanza.

En la segunda mitad de su libro, Nemrava aplica tales presupuestos al estudio de un corpus de novelas que se podrían definir como «escrituras del exilio», o como «textos de la (pos) dictadura», es decir, como textos escritos durante el período dictatorial e inmediatamente después. Empieza con *El vuelo del tigre* (1981), de Daniel Moyano, donde el escritor construye su propia isotopía sociopolítica, sigue con *Tres golpes de timbal* (1989) del mismo autor, *La casa y el viento* (1984) y *El hombre que llegó a un pueblo* (1988) de Héctor Tizón, *La revolución es un sueño eterno* (1987) de Andrés Rivera, y *La rompiente* (1978) de Reina Roffé. Nemrava se detiene en las modalidades de la imaginación existencial como producto de la inautenticidad: la percepción espacio-temporal dentro del sistema conceptual como «no lugar», «ahistoricidad», «discontinuidad» tiene mucho que ver con el tema filosófico de la inautenticidad tematizado en la literatura argentina a lo largo de la historia. Por ejemplo, en el marco de la «alegorización del paisaje», Tizón representa el espacio como un lugar transitorio, presenta el lugar familiar y habitual como ajeno, como una ruina que deja la tormenta desatada al inicio de la narración. También existen «alegorías desde la narratología», como sucede en el discurso de marionetas de *Tres golpes de timbal*, mientras en *La revolución es un sueño eterno* (1978) la novela tematiza su propia escritura, y obedece así al imperativo demaniano según el cual «las narraciones alegóricas cuentan la historia del fracaso de leer».

Hacia el final del libro, Nemrava plantea la tesis de que una parte de textos narrativos surgidos en la época dictatorial y postdictatorial –no testimoniales, textos que tampoco siguieron las pautas del mercado editorial- cuestionan la mimesis buscando un modo-otro de escribir. O, más bien, son textos que narran la imposibilidad de escribir y, volviendo a la observación de Avelar, lo único que queda a la escritura es hacerse cargo de tal hecho. Para Nemrava, *La rompiente* (1987) de Reina Roffé, sería la novela por excelencia que enfoca dicho problema, esta vez a partir de la voz femenina. Este texto tiende a la desintegración, tanto en el nivel estructural como temático. Y la desintegración de la identidad del discurso de su relato se concreta a través del juego estructural con el estatuto del narrador: este proceso causa la ambigüedad en otros niveles relacionados y la multiplicidad de voces narrativas. Podríamos agregar que la problematización del reconocimiento de la identidad personal va de la mano de la desarticulación lingüística, de modo magistral, en muchos textos poéticos como *Si dulcemente* (1979) de Juan Gelman –como bien ha demostrado Miguel Dalmaroni con su abordaje de la «lengua sin Estado» gelmaniana– y, más recientemente, en una novela como *La Anunciación* (2006), de María Negroni.

En el análisis de la obra de Moyano, Nemrava aprovecha conceptos de la narratología y de la teoría de la isotopía con el propósito de captar el mecanismo del procedimiento de la creación alegórica y de su complejidad. En Tizón y Moyano, junto con la estructuración de la narración alegórica, demuestra con lucidez la manifestación y ficcionalización del trabajo de duelo y su expresión metafórica y simbólica. Ambos autores reflejan el choque de poder con el universo cósmico cuya consecuencia es una paulatina destrucción: el choque afecta de alguna forma los dos campos opuestos (las oposiciones binarias tradicionales como civilización/barbarie, mundo mítico/mundo industrial, campo/ciudad) cuyo resultado es una suerte absurda y trágica de los protagonistas: el exilio y la muerte.

¿Qué sucederá con la alegoría en la literatura de la posmemoria, en las letras argentinas de la segunda generación, por ejemplo, en las ficciones de un Félix Bruzzone, de un Patricio Pron, de una Laura Alcoba? ¿En qué se distinguirá su uso del que adoptaron sus predecesores, estudiados con rigor de escalpelo en este libro? *Entre el laberinto y el exilio. Nuevas propuestas sobre la narrativa argentina* es, sin duda, una invitación a seguir desgranando las relaciones entre alegoría, literatura y poder dentro de un proceso postdictatorial que, en Argentina, todavía sigue dando que hablar.

Jorgelina San Pedro  
Marisa Martínez Pérsico